

NÉMESIS

LINDSEY DAVIS

NÉMESIS

La XX novela de Marco Didio Falco

Traducción de Montse Batista



Consulte nuestra página web: www.edhasa.com
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Nemesis*

Diseño de la cubierta: Enrique Iborra

Primera edición: abril de 2011

© Lindsey Davis, 2010

© de la traducción: Montse Batista, 2011

© Edhasa, 2011

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad 6
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-350-6236-7

Impreso en Brosmac

Depósito legal: M-8.985-2011

Impreso en España

NÉMESIS

DRAMATIS

Marco Didio Falco	un hombre de fortuna ambivalente y que busca la verdad
Helena Justina	su verdadero amor, buscado y ganado
La familia de Falco	de baja estofa, pero no tan malos como aparentan:
Junila Tácita	la formidable esposa del deplorable Gémino
Maya Favonia	hermana de Falco, la mejor de todo este hatajo
Flavia Albia	con el corazón partido y siempre dispuesta a partir cabezas
Katutis	el secretario de Falco, un hombre decepcionado.
La familia de Helena	de clase alta, pero no tan buenos como aparentan:
Aulo Camilo Eliano	que mantiene una actitud discreta
Quinto Camilo Justino	que tiene su carrera como objetivo, gracias a:
Claudia Rufina	su esposa y patrocinadora
Léntulo	un accidente a la espera de acontecer
Socios de Falco en Roma:	
Lucio Petronio Longo	un honrado investigador de los vigiles (con un sueldo bajo)
Lucio Petronio Recto	su hermano, que está destemplado
<i>Nerón</i>	el buey de ambos, otro que desaparece
Tiberio Fúsculo	el segundo al mando de Petro
Sergio	su hombre del látigo (siempre alentador)
Clusio	un artero subastador rival (intenciones rastreras)
Cayo	un dudoso aprendiz (grandes esperanzas)
Gornia	un portero reservado (sin comentarios)
Séptimo Parvo	un abogado de familia (rotundamente sin comentarios)
Talía	una contorsionista con un problema del que tiene que escabullirse
Filadelfio y Davos	sus amantes, absolutamente al margen de la acción
Minas de Karystos	un abogado, en plena forma
Hosidia Meline	una novia (¿que quiere ligar?)
También en Roma:	
Tiberio Claudio Laeta	un burócrata falso que apunta alto
Momo	un auditor con un lado peligroso y hábitos despreciables
Tiberio Claudio Anácrites	el jefe de los Servicios Secretos, un tipo ambicioso de poca valía
Los melitenses	sus agentes (relaciones poco fiables)

PERSONAE

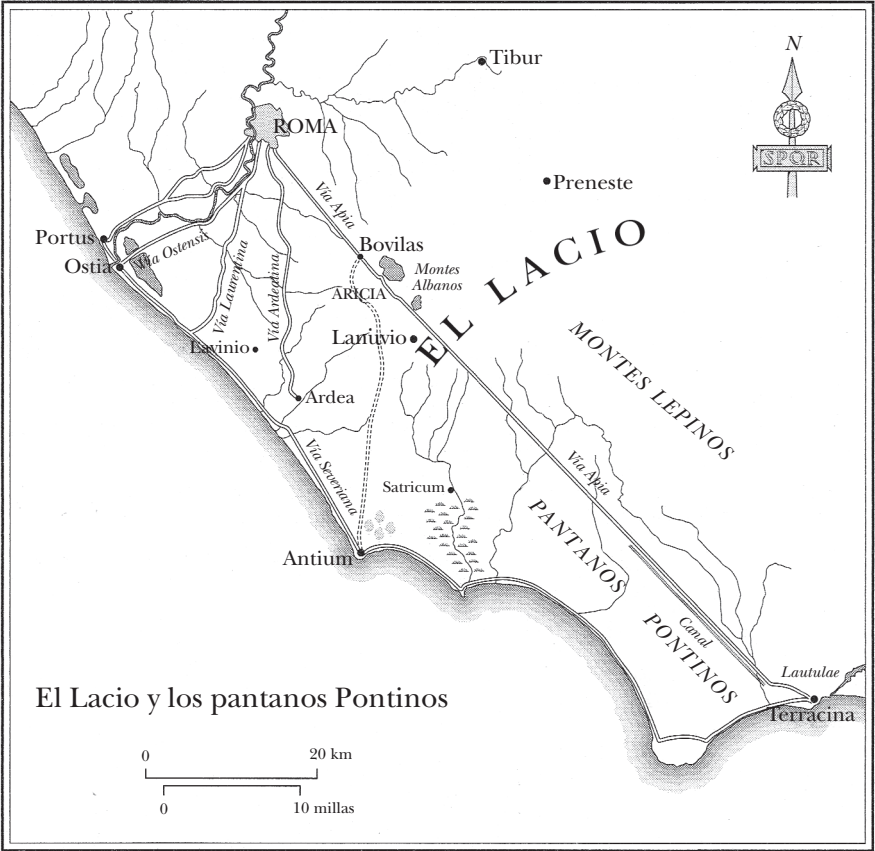
Perela	una asesina que ambiciona un nuevo empleo (el de su jefe)
Heracleides	un organizador de fiestas para las estrellas
Ninfidias	su ladronesco jefe de cocina
Escorpo	un cantante que espía a los espías (un idiota)
Alis	una vidente que culpa a mamá (sabia mujer)
Arrio Pérsico	un mujeriego, obsesionado con el sexo y con presupuesto de sobras
Un transportista	recién casado y recién muerto
Volusio	un niño de mamá, una víctima con conocimientos de aritmética
En el Lacio:	
Januaria	una camarera de Satricum, una mujer polifacética
Livia Primila y Julio Modesto	unos reclamantes indignadísimos
Sexto Silano	su sobrino de Lanuvio, bajo de moral
Macer	su leal capataz, desaparecido
Sirio	su esclavo fugitivo que recibe una paliza mortal
Un carnicero de Lanuvio	un acreedor muy despreocupado
Los horribles Claudios	los vecinos venidos del Hades:
Aristocles y Casta	los padres, fríos e irascibles (fallecidos)
Claudio Nobilis	infame, ha ido «a ver a su abuelita»
Pío y Virto	los gemelos, «trabajan lejos de casa»
Probo	«manteniendo la reputación de la familia»
Félix	«perdido»
Plotia y Birta	esposas oprimidas
Demetria	esposa fugada de Claudio Nobilis (baja estima)
Costo	su nuevo novio (que se está buscando problemas)
Vexo	el padre de la chica (que se espera lo peor)
Tamiris	empleado de Nobilis y Costo (excesiva confianza)
Silvio	un agente de las Cohortes Urbanas, de incógnito

Además de todo un reparto secundario:

Jasón la pitón, perros, personas desaparecidas, esclavos (inexistentes), esteticistas personales, magistrados impersonales.

Y con la actuación de:

La Guardia Pretoriana ¡Hijos de puta!



Roma y el Lacio:
Verano, año 77 d.C.

I



Me sorprende que las cenas en familia no acaben con más muertos. En mi profesión consideramos que un asesinato es mucho más probable entre allegados. Al final, alguien acabará estallando después de años de provocaciones, empujado a una furia ciega precisamente por la gente que mejor sabe cómo sacarlo de quicio. Por una vez, no podrá soportar ver que quien se come la última torta de sésamo es otro que, por supuesto, se la arrebató con una risa triunfante destinada a zaherir. Y aunque sucede con menos frecuencia de lo que cabría esperar, es así como la víctima expira con la miel goteándole todavía por el mentón.

¿Por qué no son más los cuchillos de cocina que se hunden entre los fofos hombros de los tíos espantosos que dejan embarazadas a las esclavas? O de la hermana artera que se apodera con todo descaro del dormitorio más bonito, ése desde el que se entrevé una esquina del templo del Divino Claudio y que apenas tiene grietas en las paredes. O del hijo grosero que se tira pedos de manera incontrolable por más que se le amoneste...

Aun cuando la gente no apuñale ni estrangule a los suyos, cabría esperar que fueran más los que salieran corriendo a la calle y desahogaran su frustración con la primera persona con la que se cruzaran. Quizá lo hagan. Puede que hasta

los asesinatos aleatorios de desconocidos, lo que los vigiles llaman «crímenes sin motivo», tengan a veces una causa doméstica comprensible.

* * *

Podría perfectamente habernos sucedido a nosotros.

Crecí en una familia numerosa, hacinado en un par de habitaciones pequeñas y destartaladas. Nuestro apartamento se hallaba rodeado de otros en los que vivían grupos ingentes demasiado ruidosos y escandalosos, y donde todos estábamos demasiado apiñados. Quizá lo que nos salvó de la tragedia fue el hecho de que mi padre se marchara de casa: su única escapatoria de una situación que había terminado por resultarle espantosa y un acontecimiento que al menos nos evitó la carga de más niños. Más adelante mi hermano se marchó al ejército; con el tiempo, vi que eso tenía sentido e hice lo mismo. Mis hermanas se fueron a acosar a los irresponsables a los que intimidaron para que se casaran con ellas. Habiendo criado a siete hijos, mi madre se quedó entonces sola pero continuó ejerciendo una gran influencia en todos nosotros. Incluso mi padre, después de regresar a Roma, miraba a mi madre con un respeto cauteloso.

Tal como ella misma nos recordaba continuamente, las madres nunca pueden jubilarse. Así pues, cuando mi esposa se puso de parto de nuestro tercer hijo, allí que acudió mamá para mangonear a todo el mundo, pese a que cada vez estaba más delicada y tenía problemas de vista. La madre de Helena también vino a casa corriendo, la noble Julia Justa arremangándose para entrometerse con su estilo discreto. Habíamos contratado a una partera totalmente aceptable.

Al principio, ambas madres contendieron para ejercer

su dominio. Al final, cuando hicieron muchísima falta, se acabó todo atisbo de enfrentamiento.

* * *

Mi nuevo hijo murió el mismo día de su nacimiento. Enseguida tuvimos la sensación de estar viviendo una tragedia que nos era exclusiva. Supongo que en estos casos la sensación debe de ser siempre la misma.

Había sido un parto fácil y breve, como el de nuestra segunda hija; Favonia había tardado una semana en aceptar la existencia, pero luego le sentó de maravilla. Yo creía que en este caso ocurriría lo mismo. Sin embargo, cuando el bebé salió a la luz ya se estaba apagando. No reaccionó; se fue en cuestión de horas.

La partera dijo que una madre debía sostener en brazos a su bebé muerto; después, ella y Julia Justa tuvieron que batallar para conseguir que Helena volviera a entregarles el cuerpo. Helena quedó profundamente afectada. Las mujeres pusieron orden y limpiaron, como suelen hacer. Helena Justina no salía de su dormitorio, rechazaba el consuelo, hacía caso omiso de la comida, se negaba a ver a sus hijas e incluso conmigo se mostraba distante. Mi hermana Maya dijo que este día aciago quedaría marcado en el calendario de Helena para el resto de su vida; Maya sabía lo que era perder un hijo. Al principio me resultaba imposible creer que Helena llegaría a superar semejante trance. Me daba la impresión de que tal vez nunca llegáramos a ese punto en el que la pena sólo la invadiera en los aniversarios. Se quedó paralizada en cuanto le dijeron que su niño estaba muerto.

Tuve que ser yo quien tomara todas las medidas pertinentes. Aunque no era un imperativo legal, le puse el nombre de Marco Didio Justiniano. Muchos padres no se habrían

molestado, en mi lugar. Su nacimiento no iba a registrarse; no poseía identidad civil. Tal vez me equivocara. Pero tenía que decidir qué hacer. Su madre había sobrevivido, pero de momento me encontraba solo intentando mantener la familia unida, intentando decidir cuáles eran las formalidades apropiadas. Todo se complicó aún más cuando me enteré de otra cosa que también había sucedido aquel día.

El diminuto bulto envuelto se había depositado en una habitación que no utilizábamos casi nunca. ¿Qué tenía que hacer a continuación? Un recién nacido no debía recibir ritos funerarios; era demasiado pequeño para una cremación completa. Los entierros de personas adultas debían realizarse fuera de la ciudad; las familias que podían permitírselo construían un mausoleo junto a una calzada para que contuviera los cuerpos embalsamados o las urnas crematorias. Eso nunca había sido lo habitual entre nosotros; las cenizas de los plebeyos Didio se guardan en un armario durante un tiempo y después se pierden misteriosamente.

Mi madre reveló que ella siempre había llevado a sus mortinatos a la granja de la Campania en la que creció, pero yo no podía dejar sola a mi consternada familia. El padre de Helena, el senador, me ofreció un nicho en el columbario ruinoso de los Camilo, situado en la Vía Apia, y comentó con tristeza: «¡Será una urna muy pequeña!». Lo consideré, pero era demasiado orgulloso. Estamos en una sociedad patriarcal y era mi hijo. Me importan un bledo las reglas formales, pero la responsabilidad de disponer del cadáver era mía.

Hay quien entierra a los recién nacidos bajo una losa de un edificio nuevo; no había ninguno disponible y yo me resistía a convertir a nuestro bebé en una ofrenda votiva. Procuero no molestar a los dioses, pero tampoco veo motivo para darles coba. Vivíamos en una vieja casa de ciudad al pie del Aventino, con una salida trasera pero que apenas tenía

terreno. Si cavara una tumba diminuta entre la salvia y el romero, cabía la horrenda posibilidad de que, cuando los niños jugaran o los cocineros cavaran agujeros para enterrar las raspas de pescado algún día aparecieran accidentalmente las costillas del pequeño Marco.

Subí a nuestra terraza y me senté a solas con el problema.

Justo antes de que empezaran a agarrotármese los músculos, hallé una solución. Llevaría mi triste bulto a casa de mi padre. En realidad, nosotros habíamos vivido allí anteriormente, en lo alto del Janículo al otro lado del Tíber. Para empezar, fui yo el idiota que compró ese lugar tan poco conveniente. Más adelante hice un trueque con mi padre, pero seguía siendo como mi casa. Aunque papá era un depravado, su villa ofrecía al bebé un lugar de descanso donde, cuando Helena estuviera preparada para ello, podríamos colocar una lápida.

Durante un breve momento me pregunté por qué mi padre todavía no había venido a ofrecer sus condolencias. Normalmente, cuando alguien deseaba estar solo él era el primero en acudir a visitarlo. Era capaz de oler la tragedia como si de pan recién horneado se tratara. Lo más seguro era que entrara en casa con esa llave que nunca me devolvería y luego nos irritara con su falta de sensibilidad. Imaginar a papá soltando perogrulladas para sacar a Helena de su tristeza me resultó una idea más que alarmante. Lo más probable era que intentara emborracharme. No dudé que algún día el vino tendría un papel en mi recuperación, por supuesto, pero prefería ser yo quien eligiera cómo, cuándo y dónde aplicar la medicina. La dosis la serviría mi mejor amigo Petronio Longo. Si aún no había ido a buscarle era sólo por delicadeza, pues también él había perdido a hijos pequeños. Además, primero tenía algunas cosas que hacer.

Mi madre iba a quedarse en nuestra casa. Seguiría haciéndolo mientras creyera que se la necesitaba. Quizás eso fuera más tiempo del que en realidad nos gustaría, pero mamá haría lo que ella considerara mejor.

Helena no quiso tener nada que ver con el funeral. Cuando le conté lo que pensaba hacer, ella se dio media vuelta, llorando. Yo confiaba en que lo aprobara. Esperaba que comprendiera que encargarme de aquello era la única manera que tenía de intentar ayudarla. Albia, nuestra hija adoptiva adolescente, quería acompañarme, pero al final también ella estaba demasiado alterada. Tal vez mamá hubiera hecho la peregrinación, pero, agradecido, dejé que se quedara para cuidar de las pequeñas Julia y Favonia. No le pediría que viera a mi padre, de quien llevaba treinta años separada. Si se lo hubiera pedido, ella se habría obligado a venir y apoyarme, pero ya tenía que soportar bastante sin esa preocupación añadida.

Así pues, fui solo. Y por lo tanto, estaba solo cuando los esclavos de casa de mi padre me contaron apesadumbrados la otra mala noticia. El mismo día que perdí a mi hijo, perdí también a mi padre.

II



Cuando doblé por el remedo de calzada que conducía a la tosca entrada para carruajes de mi padre no me pareció que hubiera ningún problema. De la nueva casa de baños no salía humo. No se veía a nadie; sin duda, los jardineros habían decidido que su hora de dejar de trabajar era a media tarde. Los jardines, que había diseñado Helena cuando vivíamos allí, parecían en buenas condiciones. Al ser mi padre subastador, las estatuas eran exquisitas. Pensé que papá debía de estar en Roma, en su almacén o en su oficina de la Saepta Julia; de lo contrario, en una tarde cálida de verano, hubiese esperado oír un suave murmullo y el tintineo de toda la parafernalia del vino con el que agasajaba a socios o vecinos, todos despatarrados en los bancos situados de forma permanente bajo los viejos pinos.

Había acudido hasta allí en una litera cerrada. El cadáver del bebé yacía dentro de un cesto en el asiento de enfrente. Allí lo dejé, de momento. Los portadores se detuvieron junto al corto tramo de escaleras del porche. Aporreé la puerta doble con el puño sólo para anunciar mi presencia y acto seguido entré.

Me encontré ante una escena extraña. Todos los esclavos y libertos de la casa se hallaban reunidos en el atrio como si estuvieran esperándome.

Me sobresalté. Y más aún cuando vi la cantidad de gente con gesto sombrío que abarrotaba el vestíbulo. Portadores de bandejas, ahuecadores de almohadas, extractores de cerumen, manejadores de gamuzas húmedas. No me había percatado de que mi padre tuviera tantos empleados a su servicio. Papá no estaba presente. El corazón empezó a palpitarme de manera irregular.

Yo llevaba una túnica de color negro en lugar de los tonos que solía vestir. Como aún me hallaba sumido en el horror de la muerte del bebé, mi aspecto debía de ser adusto. Dio la impresión de que los esclavos ya se lo esperaban y parecieron extrañamente aliviados al verme.

–¡Marco Didio..., ya te has enterado!

–No me estoy enterando de nada.

Hubo algunos carraspeos elocuentes.

–Nuestro querido amo ha fallecido.

* * *

Me desconcertó la estupidez de la expresión «querido amo». La gran mayoría conocían a papá como «ese cabrón de Favonio» o incluso como «Gémino..., así se pudra en el Hades con un cuervo calvo comiéndole el hígado a perpetuidad». Por lo visto, el pájaro empezaría a picotear antes de lo esperado.

Toda aquella panda de individuos mostraban ante mí una humildad que me resultaba nueva. Si ellos se sentían incómodos haciéndolo, no era nada comparado con cómo me sentía yo. Allí estaban intentando ocultar las preocupaciones propias de los esclavos de un ciudadano recién fallecido, a la espera de saber qué harán con ellos.

Esto no era problema mío, ni mucho menos, de modo que no les ofrecí ninguna ayuda. Mi padre y yo no manteníamos una buena relación desde que abandonó a mamá;

durante los últimos años, nuestra reconciliación fue sufriendo altibajos. Él no tenía ningún derecho sobre mí y yo ninguna responsabilidad hacia él. Habría que designar a otra persona para que se ocupara de sus asuntos. Sería otro quien conservaría o vendería los esclavos.

Yo debía comunicar su defunción a la familia, lo cual provocaría toda clase de resentimientos.

* * *

Aquél se estaba convirtiendo en un mal año.

Oficialmente, era el año de los cónsules Vespasiano Augusto y Tito César (Vespasiano, nuestro viejo cascarrabias y muy admirado emperador, en su octavo consulado, y su alegre hijo mayor y heredero que se apuntaba su sexto). Más adelante, los cónsules «suplentes» tomaron el relevo, lo cual era un modo de compartir el volumen de trabajo y los honores. Aquel año los suplentes eran Domiciano César (el hijo menor y mucho menos apreciado) y un senador desconocido llamado Gneo Julio Agrícola, un personaje de poca importancia; años antes había sido gobernador de Britania. Con esto está todo dicho. Era un tipo demasiado insignificante para una provincia civilizada, de modo que el Senado lo engatusó fingiendo que Britania era un reto y haciéndole creer que necesitaban allí a un hombre en el que pudieran confiar...

Yo hago caso omiso del calendario oficial. Aun así, hay años de los que te acuerdas.

Las obligaciones empezaban a abrumarme. La muerte causa estragos en el estilo de vida de los supervivientes. Durante años me había visto obligado a jugar a ser el cabeza de familia, puesto que mi padre renunció a ello y mi hermano mayor había muerto. Papá se fugó con su pelirroja cuando yo tenía apenas unos siete años..., hacía ya treinta años. Mi

madre no volvió a dirigirle la palabra y casi todos nosotros permanecemos leales a mamá. Incluso después de regresar avergonzado a Roma, haciéndose llamar Gémino a modo de desganado disfraz, papá se mantuvo alejado de la familia durante años. Últimamente sí que imponía su presencia entre nosotros, cuando le convenía. Era un esnob con respecto a mis parientes de rango senatorial, de manera que era yo quien más lo veía. Mi hermana Maya se había hecho cargo de las cuentas de su casa de subastas hacía poco, uno de mis sobrinos estaba aprendiendo el oficio y otra de mis hermanas regentaba un bar de su propiedad.

En cuanto los nerviosos esclavos dieron su comunicado, preví grandes cambios.

* * *

—¿Quién me explicará qué ha pasado?

El primer portavoz fue un servidor de vino que no era tan apuesto como él creía y que deseaba hacerse notar:

—Marco Didio, tu querido padre fue encontrado muerto a primera hora de esta mañana.

Llevaba muerto todo el día y yo sin saberlo. Yo había estado lidiando con el nacimiento y la muerte del bebé, y al mismo tiempo también había estado sucediendo aquello.

—¿Muerte natural?

—¿Qué otra cosa podría haber sido, señor?

A mí se me ocurrían unas cuantas respuestas a eso.

Nema, el esclavo personal de mi padre y al que yo ya conocía, se adelantó para darme los detalles. El día anterior, mi padre regresó a casa del trabajo en la Saepta Julia a una hora normal y después de cenar se había retirado pronto, temprano para lo que tenía por costumbre. Aquella mañana Nema lo había oído andar de un sitio a otro, por lo

visto mientras se aseaba, y de pronto se oyó un fuerte golpe sordo. Cuando Nema entró a todo correr, papá estaba muerto en el suelo.

Como era bien sabido que pasaba mi vida laboral poniendo en duda declaraciones como aquélla, Nema y los demás mostraban un aspecto preocupado. Supuse que habían discutido la manera de convencerme de que la historia era fiel a lo sucedido. Dijeron que un esclavo con ciertos conocimientos médicos había diagnosticado un infarto.

—No mandamos llamar a un médico. Ya conoces a Gémino. Le reventaría pagar, cuando era evidente que no se podía hacer nada...

Lo conocía. Papá podía ser estúpidamente generoso, pero, al igual que casi todos los que habían acumulado una gran cantidad de dinero, lo más habitual era que se mostrara tacaño. En cualquier caso, el diagnóstico era razonable. Llevaba un duro estilo de vida; tenía un aspecto cansado; no hacía mucho que habíamos regresado todos de un agotador viaje a Egipto.

Aun así, cualquier duda pondría bajo sospecha a los esclavos, que se hallaban en una situación peligrosa desde el punto de vista legal. Si el fallecimiento de su amo se consideraba una muerte por causas externas podrían ejecutarlos a todos. Tenían miedo, sobre todo de mí. Soy un informante. Elaboro informes de solvencia y de referencias personales. Entrego citaciones, represento a beneficiarios descontentos, defiando a las partes acusadas en las demandas civiles. Durante el ejercicio de este trabajo, a menudo me topo con cadáveres, a menudo y no todos son de personas que han muerto de viejos en su casa tranquilamente. De modo que tengo cierta tendencia a esperarme problemas. Los celos, la codicia y la lujuria tienen la mala costumbre de provocar que la gente acabe metida en un féretro antes de tiempo. No es

raro que los clientes me contraten para investigar la muerte sospechosa de un amante o de un socio.

A veces resulta que en realidad es mi cliente quien mató al fallecido y me contrató como tapadera, cosa que al menos es ingeniosa.

—¿Quieres que vaya a buscar el testamento? —preguntó Quirino, cuyo trabajo había consistido en entretener a los acreedores con bebidas dulces y pastas en un patio, mientras mi padre se largaba por una puerta trasera.

—Guárdalo para el heredero.

—¡Vuelvo enseguida!

¡Por todos los dioses!

¿Precisamente yo? ¿El heredero de mi padre? Aunque bien mirado, ¿quién sino? ¿A qué otro amigo o pariente cercano podría habérselo enjaretado papá, aparte de a mí? Conocía a media Roma, pero, ¿con quién contaba lo suficiente como para esto? De haber muerto intestado, me hubiera tocado ese papel de todos modos. Y llegados ya a este punto, lo cierto es que yo siempre había supuesto que moriría intestado.

El recelo dio paso al terror. Al parecer, papá iba a hacerme responsable de desentrañar la compleja ratonera de sus asuntos comerciales. Tendría que familiarizarme con su dudosa vida privada. El heredero designado no recibe sin más el patrimonio (aunque tiene derecho a, al menos, una cuarta parte del mismo); su obligación es convertirse en una extensión del fallecido, honrando a sus dioses, soltando la mosca en sus obras benéficas, conservando las propiedades, pagando las deudas (motivo frecuente para echarse para atrás como albaacea, podéis creerme). El testamentario se encarga de cumplir las últimas voluntades especificadas y elude con mucha diplomacia a las personas que han sido desheredadas. Él reparte el botín según las instrucciones recibidas.

Tendría que hacerlo todo yo. ¡Típico de mi padre! No sé por qué me sentía tan desconcertado.

* * *

Al parecer resultó difícil encontrar el testamento. Esto no era sospechoso; papá detestaba los documentos. Le gustaba que las cosas fueran imprecisas. Si debía tener testimonios escritos, procuraba perder el rollo en medio de algún montón desordenado.

Los esclavos no dejaban de mirarme fijamente. Carraspeé y bajé la vista al mosaico del suelo. Cuando me harté de contar teselas, tuve que mirarlos a ellos.

Eran un grupo muy variopinto. Distintas procedencias y oficios. Algunos llevaban décadas trabajando para papá y a otros no los reconocí. Era poco probable que se hubiera hecho con ellos por los conductos habituales. Mi padre no era de los que realizaba una visita al mercado de esclavos, con su rutinario y refinado regateo, para adquirir un empleado específico. En su mundo, muchas deudas comerciales se saldaban con un pago en especie. Hay albaceas que encuentran vasijas antiguas de gran valor que sirvieron de pago en lugar del estipendo. Pero como mi padre ya trataba con vasijas antiguas, él aceptaba otros artículos. De este modo, había adquirido una servidumbre curiosamente colorida. En ocasiones le salía bien; tenía un flautista de pan maravilloso, aunque él tuviera un oído pésimo. No obstante, la mayoría de empleados parecían del montón. Los desechos de alguna quiebra. Había dos empleados de la cocina ciegos; eso podía resultar entretenido. Uno de los jardineros sólo tenía un brazo. Advertí algunas expresiones ausentes, por no mencionar los habituales ojos legañosos, las sospechosas heridas abiertas y las erupciones siniestras.

Mientras continuábamos esperando, hicieron acopio de valor para elevar una petición. De entre aquellos asustados miembros del servicio doméstico, había muy pocos que fueran ya libertos; mi padre había hecho promesas generosas, pero nunca llegó a emitir una escritura formal de manumisión. Eso era típico; se las arreglaba para esquilmar a sus empleados obteniendo de ellos un servicio decente, pero prefería que siguieran dependiendo de él. No tardé en enterarme de que muchas de esas almas preocupadas tenían familia, aun cuando a los esclavos no se les permite contraer matrimonio. Insistieron en que les concediera la libertad, a ellos y a varias esposas e hijos. Algunos de ellos sí eran propiedad de mi padre, de modo que era factible esclarecer y regularizar su situación si yo estaba dispuesto a hacerlo. Sin embargo, otros pertenecían a vecinos y eso suponía un lío. Los demás propietarios no me agradecerían que intentara disponer soluciones de cuento de hadas para unas sirvientas y unos limpiabotas que eran suyos.

Otro asunto que inquietaba a los esclavos era adónde irían a parar. Eran conscientes de la posibilidad de que la villa no tardara en ser vendida. Podía ser que fueran camino del mercado de esclavos y de un futuro muy incierto.

* * *

Mientras esperábamos incómodos por allí, una de las mujeres me sorprendió al preguntar:

—¿Te gustaría verlo?

Estuve a punto de replicar: «¿Es imprescindible?», pero hubiese resultado una impiedad.

«¡No seas así, hijo mío! ¿Acaso es demasiado pedir que muestres respeto por tu pobre padre?...»

Un liberto vigilaba la habitación. Al acercarme me lle-

gó el aroma a casia y mirra que cubría la entrada como una cortina. Eran los inciensos funerarios tradicionales, los caros. ¿Quién lo había autorizado? Vacilé un instante en el umbral y, acto seguido, entré.

Había visto muchos cadáveres, pero por trabajo. Lo de entonces era un deber. Prefería lo primero.

No fue necesario preguntar la identidad del muerto. Sobre un diván bastante bueno de aquella habitación tenuemente iluminada que daba a un pasillo tranquilo, yacía mi fallecido padre: Marco Didio Favonio, también conocido como Gémino, descendiente de un largo linaje de dudosos plebeyos del Aventino y respetado por los tratantes, embaucadores y picapleitos de la Saepta Julia. Lo habían lavado y ungido, vestido con una túnica bordada y una toga; le habían puesto una corona de laurel; le habían cerrado los ojos unas manos respetuosas y le habían colocado una guirnalda de flores ridícula en torno al cuello. Su sello de hematina, su otro anillo de oro con la cabeza de un emperador y la llave de su caja del banco de la Saepta Julia estaban en un pequeño plato de bronce, enfatizando así que ya no eran necesarios ninguno de los arreos de su vida. Tumbado de espaldas, cuidadosamente tendido sobre dos colchones, aquel charlatán sociable, ahora silenciado para siempre, si bien parecía más delgado, estaba esencialmente igual que cuando lo había visto en nuestra casa la semana anterior. Unos despeinados rizos canosos advertían cómo serían los míos al cabo de una década. Su vientre orondo denotaba toda una vida de disfrute de la comida y de negociar mientras compartía unas copas de vino. De todos modos, había sido un hombre bajo y fornido que solía trajinar mobiliario pesado y piezas de mármol. Tenía unas extremidades velludas, fuertes y musculosas. Solía recorrer Roma a pie aunque pudiera permitirse una litera.

Aquel cuerpo inerte no era mi padre. Los rasgos característicos que conformaban su personalidad habían desaparecido: la mirada viva y astuta; los chistes estridentes y rebuscados; la lujuria sin límites por las meseras; la habilidad para sacar dinero de la nada; los arrebatos de generosidad que siempre desembocaban en súplicas de afecto y favores recíprocos. Se había ido para siempre eso que mi madre llamaba su sonrisa de órdago. No había nadie capaz de cerrar un trato con más confianza. Nadie disfrutaba tanto realizando una venta. Había detestado tenerlo en mi vida..., y ahora de repente no podía imaginármela sin él.

* * *

Retrocedí y abandoné la habitación sintiéndome mareado.

En el vestíbulo de entrada estaba Quirino, que, nervioso, me dijo:

–Creía saber dónde estaba el testamento, pero lo he buscado por todas partes y no lo encuentro.

–¿Ha desaparecido? –pregunté. Hice que sonara siniestro por una cuestión de hábito profesional, no porque en realidad me importara.

Quedó indultado. Me sorprendí al ver que se unían a nosotros personas recién llegadas; la gente había acudido desde la ciudad para el funeral. Perplejo, me enteré de que ya se habían enviado mensajeros para informar a la familia y a los colegas de negocios de mi padre. Tal vez me cruzara con ellos cuando me dirigía hacia allí en mi litera de mano.

La noticia debía de haberse difundido por Roma. Mi padre era miembro de una sociedad funeraria de subastadores a la que asistía más que nada por el vino. Aunque llevaba seis meses sin pagar su cuota, los otros miembros no parecían guardarle rencor (bueno, al fin y al cabo se trataba de mi pa-

dre). Los directores de pompas fúnebres estaban ya organizados. Un dignatario de aspecto sereno se encargaba de todo.

Gornia, el anciano ayudante del almacén de antigüedades, fue uno de los primeros en llegar.

—He traído un altar que teníamos por ahí, joven Marco Didio. Es una pieza etrusca bastante bonita, con una figura alada...

Una ventaja de la profesión. Siempre podían conseguir un altar. Tenían acceso a casi todo, y estaba yo pensando que Gornia quizá pudiera ayudarme a elegir una urna para las cenizas cuando uno de los miembros de la sociedad funeraria se presentó con un artículo de alabastro que, al parecer, encajaba con las instrucciones de mi padre. (¿Qué instrucciones?) El hombre me lo entregó con discreción y desoyó mis murmullos sobre el pago quitándole importancia con un gesto. Tuve la sensación de haberme topado con un mundo cerrado donde aquel día todo serían facilidades. Las deudas llegarían después. Y, probablemente, no serían pequeñas. Se esperaba que las pagara yo, por supuesto, pero era demasiado razonable como para disgustarme pensando en ello antes de tiempo.

Se congregó una multitud considerable. Hombres a los que nunca había visto afirmaban ser colegas de toda la vida. Unos desconocidos exprimiendo lágrimas que casi podrían ser genuinas me agarraban la mano con la misma familiaridad que si fueran mis ancianos tíos y me comentaban lo inesperado de la tragedia. Me prometían su ayuda ante dificultades que no especificaban. En realidad, hubo uno o dos que me guiñaron mucho el ojo, pero yo no tenía ni idea de lo que pretendían decir con eso.

También llegaron los miembros de la familia. Mis hermanas (Alia, Gala y Junia), ataviadas con sobriedad y con la cabeza cubierta con un velo, se abrieron paso a empujones arrastrando consigo a la pesadilla de mis cuñados y a Mico,

el viudo de Victorina. Lo consideré una enorme hipocresía. Incluso se presentó Petronio Longo, acompañando a mi hermana menor, Maya, quien al menos tenía algún derecho a estar allí porque había trabajado con papá. Fue Maya quien me tendió bruscamente una serie de tablillas.

–Vas a necesitar el testamento.

–Eso me han dicho, para mi horror. ¿Lo guardaba en el despacho? –pregunté, por decir algo. Me metí esa cosa en el cinturón.

–¡Ésta fue su última versión! –se mofó Maya–. La semana pasada realizó un cambio urgente y lo trajo a la Saepta. Le encantaba jugar con él.

–¿Conoces el contenido?

–El miserable no quiso decírmelo.

–¿No lo has mirado?

–¡No seas bruto! ¡Está lacrado con siete sellos!

No tuve tiempo de asombrarme por la circunspección de Maya –si es que era cierta– porque tuvo lugar otra maravilla. Una figura menuda que llevaba un velo negro, negrísimo, se apeó saltando con destreza de un asno alquilado, más barato que una silla de mano, con los aires de quien espera reverencias. Las recibió. La multitud le abrió paso enseguida y, por lo visto, no se sorprendió de su presencia. Si hasta entonces el día ya me había parecido irreal, en aquel momento se convirtió en una auténtica locura. No me hizo falta atisbar por debajo del velo. Mi madre estaba reivindicando sus derechos.

Por suerte, nadie podía ver su expresión. Yo ya sabía que no iba a arrojarse sobre las andas con desconsuelo ni a mesarse los cabellos. Enviaría a papá al inframundo con una aguda carcajada, encantada de que él se hubiera marchado primero. Si estaba allí era para asegurarse de que el renegado partía hacia la Estigia. Las palabras ufanas que oí todo el

día a través de ese velo fueron: «En realidad, ¡nunca me ha gustado regodearme!».

Saludé a mi madre con seriedad y me encargué de que un par de mis hermanas la llevaran de la mano con instrucciones de procurar que tuviera en todo momento una buena vista de los procedimientos y que no se llevara de la casa ninguna bandeja de plata o vasija griega antigua. Yo ya sabía cómo un hijo debía manejar a su madre viuda. Había aconsejado a muchos clientes sobre este punto.

La gente se alineó en procesión, como un reptil que despertara lentamente con la luz del sol. Aturdido, noté que me empujaban hacia el frente de un largo cortejo fúnebre. Recorrimos una corta distancia hasta llegar a una zona del jardín que papá ya debía de haber elegido como su lugar de descanso. Deduje que lo había planeado todo. Me fascinó descubrir que poseía esta vena morbosa. El cuerpo se transportó en unas andas con colchón doble y cabecera de marfil. Yo era uno de los ocho que las llevaban, junto con Petronio y los demás cuñados: Veroncio, el contratista de obras sin escrúpulos; Mico, el peor yesero de Roma; Lolio, el barquero endémicamente infiel; Cayo Baebio, el empleado de aduanas más aburrido de una profesión que ya de por sí distaba mucho de ser jovial. Completaban el grupo Gornia y un tipo llamado Clusio, una figura importante en el mundo de las subastas, probablemente quien confiaba en no tener que esperar mucho para hacerse con la mayor parte del negocio de mi padre. Había antorchas, tal y como era la costumbre incluso a la luz del día. Había cornistas y flautistas. Curiosamente, todos sabían tocar. Para mi alivio, no había plañideras lamentándose y, gracias a Plutón, ningún mimo fingiendo ser papá.

Los agentes funerarios debían de haber traído consigo el material y, sin que nadie lo advirtiera, habían construido ya una pira que tenía tres niveles de altura. Los aromas mortuo-